

La extraña odisea

Confesiones de un filólogo clásico

Carlos Martínez Aguirre



La extraña odisea. Confesiones de un filólogo clásico es un libro sorprendente, divertido, ágil y maravillosamente escrito. Bajo la apariencia del relato autobiográfico de un alumno primero y profesor de lenguas Clásicas después, *La extraña odisea* es una extraordinaria hoja de ruta para cualquiera que pretenda emprender con éxito el aprendizaje del latín y el griego.

El libro podría muy bien haberse titulado *Cómo aprender latín y griego y no morir en el intento*, pues a través de sus propias vivencias y con gran sentido del humor, el autor da un repaso a las dificultades y sinsabores con que se enfrentan los estudiantes de latín y griego en su aprendizaje. Pocos serán los filólogos clásicos —veteranos o más jóvenes— que no se sientan identificados con muchas de las situaciones a las que se refiere el autor, y pocos lectores no se sentirán contagiados de su pasión, su amor y su entusiasmo por la Filología Clásica.

Una obra imprescindible para comprender de la forma más amena posible, los diferentes enfoques didácticos de la enseñanza del latín y el griego a lo largo de la historia (la vía de los humanistas, gramática y traducción, método natural, *Reading, Ørberg*, enfoque comunicativo...) y conocer todo un mundo de posibilidades vivas y muy vigentes (el griego moderno como vía para aprender el antiguo, los *Circuli Latini*, la *Academia Vivarium Novum*, los cómics en latín...) que el autor nos ofrece a través de este extraño peregrinaje que son sus recuerdos y experiencias como filólogo clásico.

Una lectura apasionante para cualquier persona interesada en el mundo de la cultura con mayúsculas e imprescindible para todo estudiante o profesor de Filología Clásica.

Nota del Editor Digital

Este libro fue autoeditado por el autor. Si te ha gustado puedes colaborar comprando la edición física (10€) o electrónica (3€) en www.extrañaodisea.es

Δόξειε δ' ἂν ἴσως βέλτιον εἶναι καὶ δεῖν ἐπὶ σωτηρία
γε τῆς ἀληθείας καὶ τὰ οἰκεῖα ἀναιρεῖν.
Ἄμφοῖν γὰρ ὄντοιν φίλοιν ὅσιον προτιμᾶν τὴν
ἀλήθειαν.

Ἀριστοτέλης

*De igual modo para la preservación de la verdad es
preciso apartar incluso lo que nos es más nuestro.
Pues siendo ambas cosas queridas es un deber
sagrado elegir la verdad.*

Aristóteles

*A mis maestros del Colegio Siglo XXI
de quienes aprendí que la educación
es la lucha por una sociedad más justa.*

*A M^a Ángeles y Jesús
y a todos los profesores de Secundaria
que continúan transmitiendo su pasión y amor
por el griego y el latín contra viento y marea.*

*Al maestro Hans H. Ørberg
por su maravillosa labor,
su generosidad y su humildad.*

*A mi mujer, Amalía,
por regalarme cada día un trocito de cielo
y un trocito de Grecia.*

*A mis padres
por enseñarme a estar del lado
del pueblo y de la libertad.*

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Es posible que mucho de lo que se cuenta en este libro resulte sorprendente y difícil de creer a aquellos lectores que no hayan cursado estudios de Filología Clásica.

Fuera del ámbito de nuestras disciplinas, lo normal es pensar que cualquier profesor de latín o griego dominará las lenguas de su especialidad más o menos con la misma soltura que se espera en un profesor de alemán, inglés o chino. Es decir: alguien ajeno al mundo de la Filología Clásica suele dar por supuesto que un buen profesor de Clásicas de instituto (¡y mucho más de la Universidad!) será capaz de hablar latín y griego antiguo con cierta fluidez, escribir en esas mismas lenguas con corrección y, por supuesto, de leer cómodamente cualquier obra en su lengua original. Esto, sin embargo, está muy lejos de ser habitual.

Hace ya algunos años publiqué un pequeño artículo en el que exponía mis impresiones respecto a lo que yo consideraba decepcionantes resultados de mi experiencia como estudiante de latín y griego en el Bachillerato y la Universidad, sobre todo en comparación con mi éxitos en el aprendizaje de otros idiomas a los que, sin embargo, había dedicado mucho menos tiempo y esfuerzo.

Desde entonces han sido muchos los profesores de latín y griego que se han puesto en contacto conmigo para expresarme su total acuerdo con lo contado en ese artículo y felicitarme por el valor demostrado al exponer una verdad tan generalizada como poco admitida: que los licenciados de Clásicas, después de cinco años de esforzados estudios,

no sólo solemos ser incapaces de expresarnos con una mínima corrección en latín y griego (y, en general, ni siquiera de escribir un par de líneas sin el temor a cometer quién sabe qué horribles atentados contra las leyes de la gramática) sino, lo que es peor, de leer con comodidad los libros escritos en estas lenguas sin necesidad de echar mano continuamente de un diccionario o de ediciones bilingües.

Algunos justifican este hecho aduciendo que el fin de la Filología Clásica no es hablar ni escribir en latín y griego, sino la traducción rigurosa de los textos antiguos, algo que no se puede tomar a la ligera, sino que debe ser realizado con sumo cuidado, ponderación y esfuerzo. Ante tal objeción yo respondo que si un profesor de ruso se confesase incapaz de improvisar *in situ* la traducción de una página de Dostoyevski, simplemente nadie le tomaría en serio. Y no veo la razón por la que el ruso deba resultar más fácil de aprender a un español que el griego clásico ni, muchísimo menos, que el latín.

Muchos han sido los profesores de Clásicas con los que he tenido la ocasión de discutir sobre esta cuestión en los últimos años. La mayoría de ellos, ante mi pregunta sobre si podrían expresarse con corrección en latín o griego antiguo o si serían capaces de improvisar una traducción de un texto clásico que no hubieran preparado previamente, han tenido que reconocer simple y llanamente que no. Cierto es que en, algunas ocasiones, sí he encontrado a clasicistas capaces de tales hazañas; la mayoría de ellos habían aprendido con métodos "naturales" (es decir, más o menos como se aprenden las lenguas modernas.) En algún caso rarísimo he llegado a conocer, para mi sorpresa, a profesores con una competencia lectora en latín y griego más que satisfactoria que me han asegurado haber alcanzado exclusivamente mediante el estudio de la gramática y la práctica de la traducción. Este hecho, sin embargo, no me ha llevado en ningún momento a poner en duda mi negativo juicio respecto a los resultados de tal metodología, pero me ha

servido de prueba palpable de cómo la perseverancia y el genio de determinados individuos son capaces de alcanzar el éxito, incluso en las circunstancias más adversas imaginables.

EL COLEGIO SIGLO XXI

Antes de entrar en el asunto principal de este libro me gustaría hacer una breve mención de cómo era la educación que yo recibí en la Enseñanza Primaria, entonces conocida como Enseñanza General Básica o EGB y que duraba ocho años, desde los seis a los trece.

Tuve la inmensa fortuna de pasar aquellos primeros y tiernos años en un colegio muy especial: El Siglo XXI, en el madrileño barrio de Moratalaz. Es un colegio creado en los últimos años de la dictadura por un grupo de padres y maestros progresistas que pretendían poner en práctica planteamientos pedagógicos alternativos, herederos de la educación libertaria, las escuelas cooperativas italianas y los métodos de Freinet.

Para que se entiendan las enormes diferencias que existían entre la forma de enseñar del Siglo XXI y la enseñanza *normal* de aquellos tiempos, comenzaré diciendo que durante los cinco primeros cursos de EGB no recuerdo haber hecho ningún examen ni haber recibido ninguna calificación. Tampoco teníamos libros de texto ni nos mandaban deberes para casa. Todo el trabajo de aquella primera etapa me parecía un juego: hacíamos dibujos, nos contaban cuentos, escribíamos historias, dibujábamos tebeos, aprendíamos canciones, cocinábamos, íbamos de *acampada* o a una granja-escuela (*la Limpia*, que fue pionera en España), hacíamos teatro y pasacalles por el barrio (recuerdo dos muñecos gigantes: la rana y el dragón que habían hecho los propios alumnos y eran uno de los símbolos del cole-

gio.) A veces, por las tardes, las clases las daban los padres de los alumnos, que organizaban talleres de lo más diversos: desde cocina hasta cine, jardinería o macramé. Las relaciones entre los niños y con los maestros eran cariñosísimas. Cuando surgían conflictos o algún chico se portaba mal, el problema se resolvía mediante la asamblea de alumnos. No recuerdo que ninguno de nuestros maestros utilizara métodos represivos ni violencia psicológica (¡ni mucho menos física!) contra ninguno de nosotros.

En los cursos de 6º, 7º y 8º empezó a haber notas, algunos deberes y, tímidamente, los primeros exámenes. Supongo que nuestros excelentes maestros (y yo tuve la suerte de tener como tutor de aquella segunda etapa a Jorge Gutiérrez, a quien queríamos con locura) se veían obligados a ir introduciendo aquello más que por convicción, por prepararnos a lo que nos esperaba cuando saliésemos de aquel paraíso y nos tuviésemos que enfrentar al verdadero sistema educativo de la España de la transición. A pesar de todo, las notas no dependían en ningún caso de los exámenes, sino de los distintos trabajos de investigación y creación (siempre elaborados en equipos) que los profesores nos iban planteando sobre los temas más variados: desde los dioses del antiguo Egipto (recuerdo que hicimos unos preciosos murales en forma de recortables de tamaño natural y que a mí me tocó hacer al dios Thot) hasta tareas de tipo tecnológico, como fue construir un levantador de pesos a base de poleas o una catapulta como las de las películas medievales.

Realmente en el Siglo XXI los alumnos no nos dábamos cuenta de la suerte que teníamos de educarnos en un sitio así ni mucho menos del enorme esfuerzo y dedicación que había detrás de aquello por parte de nuestras maestras y maestros. Cuando pienso en el cariño que sentíamos por ellos (y que seguro debían notar), y lo habitual de las visitas llenas de agradecimiento que muchos antiguos alumnos hemos hecho a lo largo de nuestras vidas a nuestros anti-

guos *profes*, sé que tantos sacrificios han sido recompensados con creces. Como profesor siempre he tratado de seguir los pasos de aquellos maestros tan locos que me hicieron feliz, y siempre he envidiado a quienes tuvieron y tienen la ocasión de ejercer la docencia en un lugar tan maravilloso.

EL BACHILLERATO EXPERIMENTAL

Estudié el Bachillerato entre los años 1988 y 1992. Me matriculé en la sección experimental del Instituto San Isidro de Madrid. El Bachillerato experimental era una especie de laboratorio en el que el gobierno socialista de entonces estaba probando lo que iba a ser la futura LOGSE. No sé si los maestros del Siglo XXI que nos aconsejaron matricularnos en aquella modalidad realmente tenían confianza en ella y en los resultados de la futura reforma o simplemente buscaban amortiguar el inevitable golpe que nos llevábamos todos los alumnos del Siglo al pasar de una educación no represiva basada en la curiosidad y la creatividad a otra autoritaria, individualista y memorística en el peor sentido de la palabra.

Lo cierto es que a mí en el Bachillerato experimental no me fue del todo mal, y posiblemente mi hermana Marina, que sufrió horrores para terminar el BUP y el COU en el mismo instituto, pero en la sección normal, lo hubiese pasado con muchas menos angustias de haber escogido, cuatro años antes, la misma modalidad. Ésa era una de las críticas más recurrentes que se hacía al sistema educativo del Siglo XXI: que los alumnos no se sabían adaptar a los institutos *normales*. La verdad es que en aquellos años el fracaso escolar en el Bachillerato era generalizado, y no sólo entre los alumnos provenientes del Siglo XXI: la mitad de los alumnos abandonaban el instituto en los primeros cursos.

Sea como fuere, a mí la experiencia en el Siglo XXI me resultó muy positiva también desde el punto de vista aca-

démico. Notaba que sacaba gran ventaja a todos mis compañeros procedentes de colegios *normales* en competencias en los que, sin ser yo ninguna fiera, ellos estaban totalmente *in albis*, por la sencilla razón de que no las habían ejercitado nunca. Éstos eran aspectos tales como el hacer resúmenes, realizar trabajos personales que no fueran una mera copia de las enciclopedias escolares (el *corta y pega* de la época), trabajar en equipo (lo cual para mis compañeros de instituto significaba simplemente *dividirse el trabajo*, sin ningún tipo de colaboración o puesta en común) y, en general, todo aquello que tenía que ver con la creatividad o la expresión de opiniones críticas.

Sí es cierto que en cuestiones de memorización yo llevaba una cierta desventaja, pues en el Siglo XXI lo único que nos habían hecho aprender de memoria eran canciones (especialmente de los grupos de moda en los 70 y 80) con horripilante adaptación a flauta dulce incluida. Pero, afortunadamente para mí, los profesores de la sección Experimental solían contarse entre los pocos interesados en los movimientos de renovación pedagógica y rara vez centraban su pedagogía en ese tipo de enseñanza inútil hasta el sadismo que consiste en obligar a los chavales a aprender ingentes cantidades de información, datos y fechas que ni les interesan ni comprenden y que, tras vomitar el día del examen (o copiar de chuleta los más avispados), olvidan con gran alivio de su prematuramente maltratado sistema nervioso.

Por desgracia, muchos años después, siendo yo mismo profesor en varios de esos institutos *normales* de Enseñanza Secundaria, he visto como la mayoría de mis compañeros de Historia, Filosofía o Literatura, incluso aquellos que se consideran a sí mismos más progresistas, siguen aplicando esta absurda y reaccionaria pedagogía. Eso sí, después vienen las chanzas y burlas por los disparates escritos por unos alumnos incapaces de entender nada de lo que les han enseñado a base de hacerles engullir información como a ocas. E insisto: esto lo hacen también los profes su-

puestamente más *progres*: ¡si Giner de los Ríos levantara la cabeza...!

MI PRIMER CONTACTO CON EL MUNDO CLÁSICO

En aquel Bachillerato experimental que, como digo, era una especie de laboratorio de la LOGSE, creo que en el curso segundo (el equivalente al actual 4º de ESO) teníamos una asignatura llamada CULTURA CLÁSICA.

Los profesores de aquella asignatura eran dos: uno encargado de la parte romana y otra de la griega. Del profesor de la parte romana poco recuerdo y creo que no aprendí casi nada con él, entre otras cosas por el follón que montábamos en sus clases. Lo más interesante que me viene a la memoria es una anécdota algo chusca que, como se verá, no tiene nada que ver con los objetivos de divulgación de este libro pero, como tiene su gracia, aquí viene: el tal profesor, del que no recuerdo ni el nombre, creo que era un interino y debía de llevar muy poco tiempo en la docencia pues se le veía muy joven, casi lampiño. Ya fuese por su inexperiencia, ya por un humor excesivamente sanguíneo, lo cierto es que el hombre se mostraba muy nervioso a cada momento (yerro funesto cuando se tiene que ejercer la autoridad sobre un grupo de adolescentes en plena revolución hormonal), y entre los gestos que denotaban su excitación estaba la manía de coger un trocito de tiza y agitarla en su puño como si se tratase de los dados en un cubilete. Pues bien, no sé a cuál de mis compañeros se le ocurrió que aquello era un tic que le había quedado de tanto machacársela, y la comparación tuvo tanto éxito que al hombre le cayó el mote de “El Pajosquí”, y así nos pasamos el